

LECCIONES DE PORTUONDO

por Roberto Fernández Retamar

EN LA década del veinte de este siglo, alentado por la gran Revolución de octubre y constituyendo la toma de conciencia de una clase obrera que ya se perfilaba como fuerza definitiva en nuestra América, aparece en ella el marxismo encarnado en las obras de vigorosos pensadores que por lo general eran a la vez grandes dirigentes. La perspectiva revolucionaria abierta entonces se cancelaría por el momento, y simultáneamente los mayores de aquellos hombres iban a perecer en plena juventud creadora: o por asesinato político (Julio Antonio Mella, 1903-29), o por enfermedad a la que no fue ajena la entrega a la lucha (José Carlos Mariátegui, 1894-1930; Rubén Martínez Villena, 1899-1934), o por accidente (Aníbal Ponce, 1898-1938). Nunca podremos conocer en toda su amplitud lo que estos hechos contribuyeron a aminorar el crecimiento de un marxismo latinoamericano que no dejó sin embargo de desarrollarse, aun en condiciones adversas, y conocería un nuevo brote enérgico a partir del triunfo de la Revolución cubana en 1959, sobre todo en las obras magnas de Fidel Castro y Ernesto Che Guevara.

Por la época en que desaparecían aquellos marxistas fundadores—los cuales en mayor o menor medida abordaron también cuestiones culturales—, escribía sus primeros trabajos José Antonio Portuondo, quien, nacido en Cuba en 1911, iba a convertirse acaso en el más relevante estudioso hispanoamericano, con criterio marxista, de literatura, en la hornada que siguió a la extraordinaria de Mariátegui. La aparición reciente de una nueva edición de su libro *Concepto de la Poesía** es buena coyuntura para señalar este hecho y recordar, aunque someramente, su obra y su importancia.

Esa obra ha contribuido a presentar orgánicamente, con mirada

*José Antonio Portuondo: *Concepto de la Poesía*. La Habana, Arte y Sociedad, Instituto Cubano del Libro, 1972.

nueva, el conjunto de la cultura y en especial de la literatura cubanas—*Proceso de la Cultura Cubana*, L. H., 1938; *El Contenido Social de la Literatura Cubana*, México, 1944; *Bosquejo Histórico de las Letras Cubanas*, L. H., 1960—, y también se ha abierto hacia otras literaturas y hacia cuestiones teóricas y críticas de diversa índole—*El Heroísmo Intelectual*, México, 1955; *La Historia y las Generaciones*, Santiago de Cuba, 1958; *Estética y Revolución*, L. H., 1963; *Crítica de la Época y Otros Ensayos*, L. H., 1965—. Una parte considerable de esta labor, con frecuencia dispersa en publicaciones periódicas, está consagrada a iluminar la creación de José Martí, de lo que es ejemplo mayor *José Martí, Crítico Literario*, Washington [c. 1953]. En todos estos casos —la enumeración dista mucho de ser completa—, Portuondo trata el tema con riguroso criterio marxista y amplia información sobre las disciplinas científicas idóneas para la mejor realización de su trabajo, lo cual da a éste una impronta distintiva en el Continente.

Una muestra temprana y singular de ello es este libro que ahora se reedita, *Concepto de la Poesía*, el cual surgió —como explica la copia mecanografiada que consultamos¹— “destinado de manera primordial a servir de tesis para el doctorado en filosofía y letras de la Universidad de La Habana”. Escrito entre septiembre de 1940 y septiembre de 1941, y presentado a la Universidad ese año, llevaba entonces el subtítulo *Introducción a la Teoría de la Literatura*. La “Advertencia” inicial decía también que el libro aspiraba “a iniciar en nuestro país, y tal vez en nuestra lengua, de una manera más o menos sistemática, los estudios de teoría de la literatura”. Al parecer publicada la tesis, cuatro años después (1945), por El Colegio de México, prácticamente no sufrió modificación alguna —fuera de prescindirse de un interesante capítulo final, “Análisis de la obra poética”, que constituye el primer estudio estilístico moderno de un texto literario (en este caso, el poema “Los dos príncipes”, de José Martí) realizado en Cuba, y que lamentablemente ha permanecido inédito hasta hoy. Pero la “Advertencia”, en lo tocante a *iniciar* los estudios de teoría literaria entre nosotros, proclamaba entonces que el libro de Alfonso Reyes *El Deslinde* (que se había publicado el año anterior, 1944),

¹Nos referimos a la copia de la tesis de grado original.

“lo ha hecho ya, en nuestra lengua, con plena autoridad, y ha dejado abiertas innumerables posibilidades a los investigadores de la nueva disciplina, a la cual nuestro trabajo sólo quiere ser una contribución, sin pretensiones de originalidad, apoyado en la adopción del materialismo histórico como criterio científico rector”. El trabajo, se dice luego,

no se asoma a todos los problemas que plantea el fenómeno poético [entiéndase: el hecho literario] y que debe estudiar la teoría de la literatura, sino solo [...] al inicial referente a su génesis, a su desarrollo, a su esencia. Los demás serán abordados sucesivamente en próximos estudios sobre la expresión poética, sobre la crítica y la historia literarias.

El Concepto... de Portuondo, pues —su *Introducción a la Teoría de la Literatura*—, aunque aparecido algo después que *El Deslinde*, es tres años anterior a la publicación de este libro, el cual, por otra parte, había sido previamente “la base de un curso en el Colegio Nacional, México, junio a agosto de 1943, y febrero a marzo de 1944”²: curso también posterior a la realización de la tesis de Portuondo, quien en consecuencia no pudo conocer en absoluto las valiosas contribuciones de Reyes en sus gigantescos y tantálicos *Prolegómenos a una Teoría de la Literatura*; lo que no quiere decir, por supuesto, que no estuviera familiarizado con algunas ideas expuestas por Reyes con anterioridad a su gran libro. Este hecho obliga a que leamos la tesis de Portuondo no como una obra en la estela de *El Deslinde* —el cual sigue siendo, hoy, el más hercúleo y delicado esfuerzo hecho en nuestras tierras por sentar las bases (los “prolegómenos”) de una teoría de la literatura—, sino como un libro anterior al del maestro mexicano, lo que por tanto no puede sino provocar sorprendida admiración, cuando se piensa en ese joven estudioso, al filo de sus treinta años, proponiéndose, en un medio tan precario como la Cuba de aquel tiempo, “iniciar en nuestro país y tal vez en nuestra lengua, de una manera más o menos sistemática, los estudios de teoría de la literatura”; y hacerlo, por añadidura, “apoyado en la adopción del

²Alfonso Reyes: *El Deslinde. Prolegómenos a una Teoría de la Literatura*. México, El Colegio de México, 1944, p. 9, n.

materialismo histórico como criterio científico rector". Para medir el valor del libro, es útil compararlo con el que el mismo año la aparición del *Concepto...* publicó en Londres Jorge Thomson: *Marxismo y Poesía*, el cual mereció hace poco (1969) ser traducido al español y publicado en Cuba. Con el criterio marxista que el título anuncia, Thomson se propone estudiar en su libro "el origen y la evolución de la poesía" (p. 9); como Portuondo, en el suyo, la "génesis" y "desarrollo" —y además la "esencia"— de la poesía, es decir, de la literatura. Ambos, el inglés y el cubano, podían, como hizo este último, haber señalado en sus respectivas obras "su carácter inocultablemente académico [se refiere a su condición de tesis de grado] y su afán, un poco ingenuo si se quiere —escolar al fin—, de tomar las cosas desde su raíz más remota" (p. 11), lo que, por ejemplo, los lleva a remitirse a las más antiguas actividades humanas, y en especial a la magia, como origen de la poesía. Y consideramos que el cotejo de ambos ensayos —similares por tantas razones— no hace desmerecer el de Portuondo, dentro de su común aspiración escolar. Una "nota del editor" —según creemos, Federico Alvarez— a la versión cubana del libro de Thomson, dice:

Sería difícil medir la importancia de este ensayo sin tener en cuenta que fue escrito cuando la bibliografía marxista sobre el tema aún no había alcanzado la difusión y la coherencia que hoy tiene en todo el mundo. Es en los últimos años de la década del treinta y principios del cuarenta que la crítica marxista aborda la literatura y el arte en lo que tienen de específico.

Y más adelante, afirma que Thomson en este libro "nos da un análisis que en cierta forma inaugura la aplicación científica del marxismo al estudio de la génesis del arte. Por encima de sus limitaciones, ahí radica la vigencia de este ensayo" (pp. 117-18). Es conveniente que también el lector actual de *Concepto de la Poesía* tenga presente estas observaciones. Lo que no quiere decir, desde luego, que ambos libros deban identificarse. Los deslindes de Portuondo tocantes a la teoría de la literatura y las ciencias de la cultura, y sus agudas observaciones sobre el desarrollo de la poesía moderna, por ejemplo, no tienen correspondencias en el

libro de Thomson. Pero sí es interesante —diríamos más: aleccionador— acercar ambas obras: si la del inglés fue vertida al español, la del cubano merecía haber sido llevada al inglés, especialmente en la época en que se publicó por vez primera. Vendrán tiempos en que la corriente no se mueva casi en un solo sentido.

Esta nueva edición de *Concepto de la Poesía* está enriquecida con “cinco ensayos independientes, aunque correlacionados, aparecidos en publicaciones y años diferentes, sobre otras tantas ‘aproximaciones’ a la teoría de la literatura”. Al *Concepto...* inicial y a los otros cinco ensayos, “los junta ahora el propósito de ofrecer a los estudiantes de las Escuelas de letras de las universidades cubanas una parte del material recogido sobre estos temas a lo largo de un cuarto de siglo, estudiados siempre a la luz de una concepción del mundo marxista leninista” (p. [7]). Las “aproximaciones” lo son a estudios sobre teoría de la literatura de Guillermo Dilthey, Fidelino de Figueiredo, Alfonso Reyes y René Wellek y Austin Warren, e incluyen también un estudio sobre “La ciencia literaria en Cuba”. Los tres primeros son excelentes resúmenes críticos de los principales trabajos sobre el tema debidos al alemán Dilthey —fuente, en tantos aspectos, de buena parte de la ulterior investigación germánica de la literatura—, el portugués Figueiredo —tan influyente un tiempo en Brasil e incluso en Hispanoamérica —y el mexicano Reyes. En todos los casos, nos encontramos con introducciones magistrales a las obras respectivas: introducciones que nuestros estudiosos de la materia no deben dejar de consultar. Véase el trabajo sobre *El Deslinde*: el mejor hilo de Ariadna que conocemos para entrar en el arduo y delicioso laberinto del mexicano. Y otro tanto cabe decir de la nota “Teoría de la literatura”, escrita con motivo de la primera aparición (1949), en inglés, de la *Teoría de la Literatura* del checo René Wellek y el norteamericano Austin Warren. Como en los estudios anteriores, Portuondo, después de situar acertadamente la obra en el contexto intelectual que le corresponde³, expone sus ideas centrales y señala las que considera sus virtudes y limitaciones. Por ejemplo,

³René Wellek no es, como dice Portuondo, “un representante típico del Círculo Lingüístico de Praga” (p. 182), sino —según el autorizado testimonio de Jan Mukarovsky— un colaborador más del Círculo; pero de todas maneras, es cierto que transmitió ideas del mismo.

a la graciosa declaración de Wellek y Warren de que ellos no son “eccléticos como los alemanes, ni doctrinales como los rusos”, la apostilla así Portuondo:

Sin embargo, al cabo de su lectura, el libro deja en el lector la impresión, un tanto eclética, de un bien nutrido digesto de teorías literarias, y, por otra parte, domina en él el intento, más o menos doctrinario, de conciliar la ontología fenomenológica de Ingarden y el formalismo de Tomashervski. Todo lo cual determina su utilidad y su valor pedagógico como obra de introducción, pero también sus indudables debilidades [p. 187].

Habría sido de la mayor utilidad que el notable enjuiciamiento de Portuondo sobre este libro de Wellek y Warren —libro que tendría después tanta resonancia y sería objeto de tantas discusiones— hubiera acompañado, como prólogo o como epílogo, la edición cubana de esta obra (La Habana, 1969).

La última de las “aproximaciones” nos parece la menos afortunada de las cinco. Para empezar, no versa en rigor sobre “teoría” sino sobre “ciencia literaria”. Además, aunque es comprensible la decisión de Portuondo de reproducir los materiales sin alterarles la forma que tuvieron al aparecer por vez primera, bien pudo hacer una excepción y prescindir de las páginas iniciales de este trabajo, las cuales repiten literalmente algunas que se acaban de leer momentos antes, sin que, por otra parte, debido a su carácter de generalidades, su presencia fuera exigida en un trabajo *sobre Cuba*. En cambio, hubiera sido deseable un mayor detenimiento en trabajos *cubanos*, como, en primer lugar, los de Martí —tan excelentemente estudiados en otros sitios por el propio Portuondo—, y también algunos recientes.

Para tener una idea más cabal del nivel de los estudios literarios realizados por Portuondo, no bastará al lector con este libro, por otra parte notable: aquí encontrará, eso sí, su primer ensayo de fundamentación orgánica de una teoría de la literatura —ensayo que, por el momento al menos, permanece inconcluso, como inconclusos quedaron los del costarricense Roberto Brenes Mesén, el peruano José Carlos Mariátegui o el mexicano Alfonso Reyes⁴—,

⁴Pensamos ocuparnos próximamente de este hecho singular.

además de agudos enjuiciamientos de otros intentos realizados en Europa, Estados Unidos y nuestra América. Pero, acompañando de modo lúcido a esta preocupación teórica, es imprescindible ver a Portuondo abordar obras concretas (véase, por ejemplo, su implacable “Proceso de Ernest Hemingway”, en *El Heroísmo Intelectual*), y también, y a caso sobre todo, su *asimilación*, con destino al estudio de nuestras letras, de métodos y conceptos forjados en relación con otras literaturas u otras culturas en general: ya mencioné su empleo temprano del método estilístico⁵; quiero añadir su apreciación —tan infrecuente entre los pensadores marxistas— del criterio generacional (“Realidad y falacia de las generaciones”, en *La Historia y las Generaciones*), con el que esbozará después un “Esquema de las generaciones literarias cubanas” (*Ibid.*), y, vinculado a un necesario replanteo de la periodización de nuestras letras, un señalamiento de los “‘Períodos’ y ‘generaciones’ en la historiografía literaria hispanoamericana” (*ibid.*). Otro aspecto capital de su obra es su visión de la propia crítica: sobre todo no considerada en abstracto, sino encarnada en la crítica literaria *hispanoamericana* (“Situación actual de la crítica hispanoamericana”, en *Cuadernos Americanos*, septiembre-octubre de 1949; “Crisis de la crítica literaria hispanoamericana”, en *El Heroísmo Intelectual*). No le han faltado, por supuesto, estudios temáticos de nuestra literatura (“Temas literarios del Caribe en los últimos cincuenta años” y “La realidad americana y la literatura”, ambos en *El Heroísmo Intelectual*). Estos trabajos —no hemos hecho sino mencionar unos cuantos, que nos parecen representativos— complementan admirablemente la obra de Portuondo republicada ahora, y constituyen imprescindibles aportes suyos a una teoría *de la literatura hispanoamericana*. En cierta forma, varios de ellos ¿no son la elaboración —más cerca de nuestra realidad específica— de algunos capítulos anunciados en la “Advertencia” de *Concepto de la Poesía* como de realización posterior? En la “Nota a la presente edición” (escrita en octubre de 1971) Portuondo no vuelve a hablar de ellos, y en cambio anuncia “otro libro más amplio

⁵Aunque Portuondo no ha insistido en este método, debe recordarse, además del análisis de “Los dos príncipes” ya citado, su trabajo “La voluntad de estilo en José Martí”, en: *Varios: Pensamiento y Acción de José Martí*, Santiago de Cuba, 1953.

sobre la expresión poética”, el cual “anda en demorado proceso de elaboración” y “espera completar la indagación”. (p. [7]).

En la fidelidad al marxismo-leninismo de José Antonio Portuondo; en su constante atención a nuestras letras, a nuestra cultura, a nuestra historia; en el rigor y la coherencia de sus mejores estudios literarios; en su asimilación crítica, desde una perspectiva *nuestra*, de conceptos y métodos novedosos entonces —que Portuondo supo ni aceptar de modo indiscriminado y colonial ni rechazar mecánicamente, dando un ejemplo válido más allá de nuestras fronteras—, tienen los jóvenes estudiosos revolucionarios latinoamericanos —y no sólo ellos —algunas de las mejores lecciones de este maestro digno de haber continuado a hombres como Mariátegui y proyectar su tarea hacia el porvenir.

Casa de las Américas

La Habana, Cuba